

## Ira y educación

Daniela Gutierrez

*La ira es apetito de venganza con incandescencia del cuerpo.*  
Tomás de Aquino

- yo sabía que a la mayoría de los chicos los padres no les pegaban y en la escuela, cuando les oía hablar de sus casas, me paralizaba una angustia tan atroz que si estábamos en clase y el maestro me llamaba, yo lo miraba atontado, sin darme cuenta del sentido de sus preguntas, hasta que un día me gritó: “¿Pero usted, Erdosain, es un imbécil que no me oye?”(.....)

- Más tarde, más tarde me llamaron muchas veces “el imbécil”. Entonces súbitamente el alma se me recogía a lo largo de los nervios, y esa sensación de que el alma se escondía avergonzada dentro de mi misma carne, me aniquilaba todo coraje; sintiendo que me hundía cada vez más y mirando a los ojos al que me injuriaba en vez de tumbarlo de una cachetada, me decía: ¿ se dará cuenta este hasta qué punto me humilla? (...)

- Naturalmente he sufrido tanto, que ahora el coraje está en mí, encogido, escondido. Yo soy mi espectador y me pregunto: ¿cuándo saltará mi coraje? Y ése es el acontecimiento que espero. Algún día monstruosamente estallará en mí y yo me convertiré en otro hombre. Entonces, si usted vive, iré a buscarlo y le escupiré en la cara.<sup>1</sup>

Quizá alguno de nosotros haya sido Erdosain alguna vez. Pero también cualquiera podemos haber sido su maestro. Incluyo éstas líneas de Arlt como podría haber incluido las de cualquier otro autor, ya que muchísimos otros textos ficcionalizan el enlace entre ira y educación. Aunque quizá la narrativa no sea el género que convenga a los tiempos que corren, sino más bien y para condescender a la

---

<sup>1</sup> Arlt, Roberto (1981) : Los siete locos en Arlt, Roberto *Obra Completa* Tomo I. Buenos Aires. Ed. Carlos Lohlé.

conspicua general, debería haber hecho una selección de esas crónicas policiales que con registro de *non-fiction* suelen dar cuenta de la violencia en contextos educativos.

¿Cuál es la figura habladora de la ira hoy?, ¿por qué se homologa con la violencia? ¿será que esa construcción expresiva dialoga con aquello visible de una sociedad que constituye su horizonte de sentido y con igual intensidad su falta?

Ira y violencia no son sinónimos, pero como veremos más adelante son modalizaciones culturales de lo mismo irreductible: pasión.

Lejos ya de la idea de un sujeto trascendental, se trata de comprender como se configura ese constructo histórico que es la subjetividad: preguntarnos por la gestualidad pasional es interrogar un gran aparato significativo. En ese repertorio posible existe un código expresivo de alta densidad semántica, una construcción subjetiva que responde a una historicidad concreta.

La violencia comparte con la ira, lo impetuoso, pero se sustenta en la agresividad y eso la pone mucho más cerca del miedo. Miedo no en su versión huidiza sino más bien en su carácter acometedor. Erdosain, iracundo, dice cuán lejos está del miedo: la ira se aproxima al valor mediante la palabra *coraje*<sup>2</sup>. Tomás de Aquino afirma que “el valiente, hace uso de la ira en el ejercicio de su propio acto, sobre todo al atacar, porque el abalanzarse sobre el mal es propio de la ira, y de ahí que pueda ésta entrar en inmediata cooperación con la fortaleza”<sup>3</sup>. El alumno de Arlt se siente empequeñecido, diminuto, humillado y se pregunta por su propio coraje; sabe que su condición de iracundo se completará con un acto de justicia. Erdosain tiene la incierta certeza de su explosión liberadora.

*Menis* es la palabra griega para la emblemática ira de Aquiles. Significa “indignación” en tanto respuesta colérica que se erige en defensa del honor. La ira

---

<sup>2</sup> Marina, J.A. y López Penas, M. (1999): *Diccionario de los Sentimientos*. Barcelona. Ed. Anagrama.  
<sup>3</sup> Tomás de Aquino: *Sum. Theol.*, II-II, q. 123 a 10

permitía alcanzar, así, el equilibrio de atemperar-se, de convertir-se en hombre libre.

Los Pecados Capitales son las pasiones humanas nombradas en su naturaleza excesiva, desbordada, precipitada, incontrolable que Tomás de Aquino -en el siglo XIII- enlista como los siete *vicios* que pueden conducir al hombre hacia su propia perdición. Es aquí dónde empieza a resultarme interesante ensayar alguna hipótesis acerca de la potencia de la ira como para pensarla legítimamente implicada en el territorio de lo educativo. Si ya existían los 10 mandamientos enlistando prohibiciones, ¿Qué es lo que la idea del pecado intenta *contener, sofocar, disciplinar*? ¿Qué tiene que ver la educación con eso? ¿dónde se encuentran? ¿dónde se separan?.

Sin duda como predicado fundamental de la pasión, los pecados exhiben impúdicos la indocilidad, los *estratos irredimibles* –diría Santo Tomás- de la naturaleza humana, su animalidad, su barbarie.

Los países católicos (toda latinoeuropa, digamos, el Sacro Imperio) se fueron armando sobre una serie de procedimientos de regulación de las personas que son extremadamente sutiles a pesar de la verticalidad grosera de su fundamento y su disparador. La Ley (cuyo origen —nadie lo ignora— es religioso) se impone a los hombres con la fuerza de una prohibición, de una represión masiva, y tiene un alcance universal. Así Moisés la bajó para los hombres: no fornicarás, no matarás, no desearás a la mujer del prójimo, no robarás, etc. A partir de esta operación originaria de decir *no* y de regular a través de un poder que prohíbe, se desencadenan una serie de movimientos, discursos y prácticas que desembocarán, tarde o temprano, en las modernas prácticas subjetivantes. La Ley prohíbe, y en su carácter trascendente y masivo no le deja al individuo más que la torpe libertad de un plebiscito. O bien se acepta, se incorpora y se obedece, o bien se niega, se violenta y se transgrede (es el famoso *libre albedrío* erasmiano). Sí o no: en el medio no hay nada. Toda delicadeza, toda complejidad, toda riqueza y toda diversidad parecen aplastadas de antemano por el peso apodíctico de esa Ley Terrible que dice no.

El pecado es otra cosa que la no-obediencia, la ignorancia de la ley o la indiferencia, es algo mucho más poderoso; es como un estado de morbilidad del alma que merece atención y preocupación: se acompaña de procedimientos autorreflexivos y autohermenéuticos. Sospecho que el pecado pone en jaque el núcleo duro de la educación: la educabilidad en sí misma.

Aquello de la *animalitas* que se observa hoy día como accesible a los 'efectos' disciplinantes de la educación son sólo un resto de las pasiones humanas. Éstas, expulsadas del mundo, resuenan en el inconciente pero ya no pertenecen a la economía del cuerpo ni a la retórica del lenguaje. Ese resto, ese sobrante maleable son los sentimientos. Probablemente último bastión enclenque de la educabilidad.

Mientras las pasiones siempre son gritadas, aún cuando la represión las amordaza, a los sentimientos les corresponde el susurro. Las primeras persiguen el cambio, los segundos la *comprensión*.

La ira es pasión fundacional en nuestra civilización, y la raíz indoeuropea más antigua de la que ella declina, *\*eis-*, es considerada unánimemente por los diccionarios etimológicos como su significado esencial. Sin embargo es a la vez la más diversa y misteriosa, la que desafía en la lectura de sus sentidos plurales con una complejidad enigmática.

*\*eis-* significa ira, y siempre implica movimiento y velocidad, presencia de lo sagrado, sexualidad femenina e inspiración poética.

Ira, es en tanto *hierós* griego lo vivo y lo ardiente, fundamentalmente el vigor y lo veloz, intensidad indetenible, que va hacia adelante. Podemos encontrar en los rastros de la etimología lo que afirma el filósofo alemán Peter Sloterdijk en relación con la posibilidad misma de humanización: "*La misma humanización sólo es inteligible como la salida que el animal sin salida se procura en su huida hacia delante. En eso, son los hombres de cabeza a los pies, criaturas de la huida hacia delante, vástagos de la metáfora, de la metamorfosis. En tanto, para hallar una salida, se empeñan en todo tipo de esfuerzos para ser otros, mantienen en marcha la historia de la especie como trabajo para salir adelante.*"<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup>Sloterdijk, P. (1998) *Extrañamiento del mundo*. pg. 59. Barcelona, Ed. Pre-Textos

Entonces la educación buscará disciplinar ese movimiento, en su momento de eficacia modernista el relato escolar era la novela que se basaba en la posibilidad de un destino individual y colectivo que hoy parece haberse agotado. Mientras la trama de la pasión clásica y también la del pecado resisten inicialmente toda gramática, el esfuerzo educativo intentó organizar esa turbación informe en 'discurso', en pedagogía. Es aquí donde la ira fácilmente se entenderá como sólo violencia porque si el suceso iracundo nada dejaba sin cambiar, el guión de la modernidad tiende más bien a la estática expresividad de la lápida.

La forma predominante del discurso pedagógico, el monólogo, resuena como un epitafio de la pasión.

Hoy día, la crónica disruptiva de la *violencia escolar* parece un arcaísmo, el retorno de lo reprimido, que pretende destruir la confianza iluminista en el progreso de la historia. En estos tiempos el exceso de violencia, dolor, felicidad, riqueza, miseria, vida y muerte ya queda fuera de los códigos de las emociones. Hoy las experiencias desmadradas que lo pecaminoso nombra, han sido pulverizadas en su condición de experiencias. Lo que la violencia designa no es ya la ira como protección de la amenaza de sumisión y posibilidad de reintegración de la plenitud de la libertad, sino más bien su negación. *Violentia: dicese de lo que hace uno contra su voluntad y su gusto*. Cuando se registran las crónicas sobre episodios de violencia escolar, aparece ésta exasperada por la conciencia de su propio vacío; se muestra con desesperación y exhibicionismo porque simula la posesión de un contenido inexistente. La exageración es hija de la inseguridad. Esta violencia de la que los medios nos hablan es más bien parecida a un modo de conformismo. La violencia permite volver la espalda a las auténticas audacias de la iracundia, la exploración de un pensamiento nuevo, la experiencia creadora, la imagen fulgurante de una pasión que durará mucho más que un día.

Probablemente frente al despliegue mediático, que distribuye imágenes apocalípticas de niños y jóvenes armados e incontrolablemente agresivos, la educación tenga una ocasión renovada para intentar pensarse a si misma como legítimamente iracunda. En la violencia no hay ni coraje, ni nacimiento, ni impulso,

porque su proceso es un ciclo cerrado, no cuenta con el otro, ni posee continuidad. No hay prolongación, no hay salida, ni vínculo.

El pecado no tendría sentido si no fuera el corredor del placer, pero el corredor de la ira tiene una vuelta particularmente seductora y engañosa. Esa que antes explicité, que permite verla como buena, inclusive, puede comenzar siéndolo. Jesús mismo, el maestro por excelencia, se mostró enojado, blandiendo su látigo y dando vuelta mesas de manera estremecedora: volaron monedas y palomas, y los malvados tramposos cayeron de rodillas para salvar su botín. Como un buen docente utilizó con los mercaderes del templo, un recurso que incluso hoy día tiene mucha prédica en las aulas: el castigo ejemplificador.

La ira modalizadora, aquella por la cual aprendimos todos que algunas cosas se nos infligen aún con dolor "*por nuestro propio bien*", tiene en Jesús algo de hereditario: el personaje más airado del Antiguo Testamento es, por una gran diferencia, Dios. ¡La ira es un pecado divino!!

De todos, sólo ella está relacionada en el idioma común con su doble virtud entrelazada: la justicia. Ira Justa, decimos. Es imposible siquiera empezar a imaginar una frase semejante con los demás pecados: por más que tratemos, no podemos decir "justa pereza" o "justa envidia", y mucho menos ese pecado mortal que es tan sustancioso y nutritivo como el mejor bife de chorizo bien jugoso: "justa lujuria".

La ira es eléctrica, estimulante. La persona iracunda sabe, sin ninguna duda, que está viva. ¿Pasa eso en el ámbito educativo? La falta de vitalidad, o la vitalidad parcial, es tan frecuente y atemorizante, y la inercia tan común como el polvito de tiza, que quizá resulte un desparpajo siquiera sugerir que la ira en las aulas pueda ser un tesoro: atraviesa el cuerpo como un chorro de agua helada, llena las venas con un sentido de propósito; alerta al ojo y al oído indolente; las extremidades perezosas claman movimientos; los pulmones aletargados se enriquecen con la respiración fluida. La ira fluye por todo el cuerpo, de proa a popa.

Dos modos de la ira aparecen recurrentes en relación a la pedagogía y voy a describirlos con imágenes cuya fuente y centro es la boca, lo oral.

El primero: (por algo es pecado) dice el santo que una vez que el sujeto aprende, primero, a *soportar*, luego no puede sino *anhelar*. El gusto por el pecado proviene de esos sabores que atraen al paladar maduro y refinado: la mezcla de ácido, amargo, dulce y salado, y algo más, algo levemente atemorizante, algo químico o al menos inorgánico, algo insalubre, algo que sospechamos no debería estar allí, un sabor que nos desafía porque podría ser veneno.

La alegría de la ira es la alegría –inolvidable en la niñez- de morder con un diente flojo. La pequeña espina (nuestra!) que se hunde en el tierno rosado de la encía, la exploración labial, la aspereza que podemos imponer a la espesa y tonta lengua (¿un castigo por las veces que nos falló, al no producir la palabra correcta?) y el delicioso respingo cuando hemos ido demasiado lejos. La boca como un oráculo que lo contiene todo y que se autocontiene. La verdad: el dolor es posible. La libertad: soy capaz de infligirlo y de soportarlo. La dura competencia atlética, satisfactoria en última instancia debido al alarmante, pero sin embargo tranquilizador sabor de la sangre.

El segundo modo es la ira mortal: es un hambre, un apetito capaz de crecer como el de un glotón o un león, en busca de quien devorar. Una vez que la criatura se alimenta, se autohipnotiza. La fascinación comienza en la boca, luego viaja a la sangre, de allí a la mente, donde crea un conocedor, a un perito. El pecador, en este caso, no tiene rescate: empieza a notar el intrincado funcionamiento de su propia ira, y pronto la idolatra, se dedica a preservarla, como una gran obra de arte. La simple ira, que es superficial y no crea acostumbamiento, empieza con una acción única y provoca una respuesta única y definida. Tu me has hecho esto, y yo te haré esto otro. Ojo por ojo y diente por diente. En este trato hay esperanza de un fin; con el tiempo ya no habrá más ojos ni más dientes. Pero la ira mortal es infinita, sus espirales, que emanan de si mismos, se van haciendo cada vez más pequeños, pero no existe la posibilidad de que vuelvan hacia adentro, en una fecundación interior.

La ira mortal es fanática del embellecimiento, es increíblemente pedagógica. Domesticar, disciplinar cuando vienen junto con el poder que da el saber pueden ser letales. Hasta el simple deseo de enseñar puede llegar a perderse en el detalle

de la justificación de inflingir una herida o perfeccionar el castigo. La ira cobra la existencia propia, o se divorcia de la vida por asestar la muerte, negar la vida, o por la compulsión de hacerle imposible la vida a otro por el solo hecho de hacerlo, porque la vida del iracundo toma su forma del deseo del castigo. El hábito del castigo se adquiere con facilidad, y se nutre a si mismo. Tiene en la posibilidad de educar un alimento, abundante y fácil de obtener: la necesidad de culpar. En esto, hasta es probable que inicialmente la intención sea buena: hacer que un universo sin sentido cobre sentido.

Todo lo que existe, sobre todo lo que el buen pastor, el educador desea que sea diferente, debe tener su causa, y , por ende, su causante. Quizá la persona dominada por la ira mortal sea, en el fondo, por esa razón, digna de lástima, como el Gran Inquisidor de Dostoyevsky que exigía la muerte en gran escala para reducir el sufrimiento. Destruimos la aldea para poder salvarla.

*¿Cuántos relatos hemos escuchado o padecido que sonaban más o menos así: yo te destruyo a vos porque todo lo que está mal es por tu causa. Lo accidental es un concepto inventado por los débiles: todo lo malo es por tu culpa. Y debo castigarte. Además, exijo que comprendas que mi castigo es justo.*

O sea: probablemente la diferencia entre la ira buena y necesaria, la ira vivificante, y la ira mortal sea un punto de inflexión para repensar la cuestión educativa. La primera se relaciona con la justicia, la segunda, con el castigo. ¿Educar es un impulso de justicia, de ley? ¿Educar es una exhibición de poderío? ¿Será posible un pensar en un educador que no esté tan obsesionado con el logro de su propio deseo que todo lo demás se pierde?

De manera que el educador que peca de ira mortal es siempre dos criaturas a la vez: grosera y bestial en la satisfacción de sus apetitos, y disecada, descarnada, casi esquelética por el esfuerzo de mantener activo el diminuto carbón que abastece su pasión.

Si la palabra “pecado” sigue teniendo sentido en una época en la que no hay posibilidad de redención, el sentido debe referirse a una distorsión tan severa que el yo reconocible se borra o se pierde. Y esas nobles causas humanistas, que



fueron luego mortalmente pecaminosas van cada vez importando menos que el ímpetu que la ira toma.

¿Entonces? Entonces resultará bueno sabernos pecadores en el mal sentido y en el bueno, entonces quizá le convenga a la educación pensarse como *algo que escapa a todo cálculo (...) es porque no sabemos, en última instancia , quien es el otro que hay educación. Y que la educación sea incalculable no quiere decir que uno no calcule.*<sup>5</sup> Entonces quizá convenga renunciar a creernos inexpugnables, creer que estamos en lo cierto.

Todos los tesoros están guardados por dragones, decía Bellow, el problema es que nadie cree ya en dragones. Todo lo hermoso es difícil, sentenció Spinoza, pero es claro que nadie busca complicaciones inútiles. La educación, nuestros días y nuestras noches, nuestra historia, nuestra subjetividad (la de cada uno, la de todos) está interpelada por mutaciones difíciles de mensurar. En todo caso, no nos dejemos amilanar por los indicios alarmantes de una época impiadosa y estúpida.

Será necesaria una lucidez que, como decía Breton, nos exigirá pasearnos por el mundo con el ojo en estado salvaje.

---

<sup>5</sup> Antelo, E. (2005) Notas sobre la (incalculable) experiencia de educar . En AAVV, *Educación, ese acto político*. Buenos Aires, Del Estante Editorial.